

Creación como revolución: libertad, conocimiento y expresión*

M A R C O O R O Z C O B L A I R

* El presente texto es consecuencia de que Kathryn S. Blair (la autora de quien tengo la descomunal fortuna de ser nieto) guardara por varias décadas unos apuntes que describen un artículo que le interesaba escribir acerca de la relación entre la gran poetisa mexicana y Antonieta Rivas Mercado, madre de su esposo, Donald Antonio Blair Rivas Mercado.

Fotografía por Tina Modotti, Ciudad de México 1928. Cortesía Fundación Rivas Mercado A. C.



Los seres humanos por naturaleza añoramos la libertad, y en nuestros momentos más nobles ofrecemos nuestra sustancia medular, hasta nuestra vida, para conseguirla. La esencia de las vidas de Sor Juana y Antonieta se podría describir refiriéndose a la libertad que ambas lograron, expresándose aun cuando sufrían limitaciones impuestas externamente. Es difícil imaginar el impacto que puede tener el ejemplo de una vida con la determinación de existir sin dudas ni titubeos, sin reacios productos de yuxtaposiciones comparativas mal concebidas. Quizás es hasta imposible hacerlo, porque ese impacto se expande como un fractal, moviendo lo inmaterial de nuestros seres y sumergiéndonos en una luz misteriosa de procedencia incognoscible.

¿Cómo acercarse a figuras de la índole de Antonieta Rivas Mercado o Sor Juana Inés de la Cruz? Mucho hay por indagar en la condición en la que existen hoy, como producto de una combinación entre las obras (y acciones) que dejaron a la posteridad; y la imaginación, memoria y emoción de quien las llega a conocer. Y es que, al conocerlas, no lo hacemos únicamente a través de aquellas obras o actos que nos alcanzan a través de la historia, sino también por la imagen que en la conciencia colectiva de nuestra sociedad ha tomado forma. Es necesario reconocer que, como muchos otros personajes históricos, existen iterando y cristalizándose una y otra vez en nuestras mentes. Sor Juana ilustra la dinámica con quien intenta entenderla al decir “No soy yo la que pensáis, / sino es que allá me habéis dado / otro ser en vuestras plumas / y otro aliento en vuestros labios”.¹

Pero más allá de lo escurridizo que puede ser el intento de resumirlas, nos encontramos con el hecho de que vivimos sumamente conmovidos por ellas y su obra es testimonio de que los actos y la palabra escrita no son únicamente una huella del pasado. Mantienen su relevancia al ser fuentes de renovación, inspiración y concilio para nosotros, sus testigos alejados meramente por la temporalidad. Sus vidas son muestras de que la convicción creativa no nace fruto de un autoanálisis interminable, sino de la esperanza de que nuestra libertad sea realizada en ese acto de *poiesis*. En un romance, Sor Juana nos recuerda que “No hay cosa

más libre que / el entendimiento humano; / pues lo que Dios no violenta, / ¿por qué yo he de violentarlo?”² Es clave para nosotros entender que por lealtad a su naturaleza logran trascender y que no existen en función de lo que fueron. Trascienden porque muestran sin renuencia lo que podemos ser cuando, en virtud de nuestra libertad, nos arrojamos con alma extendida hacia el asombro por la vida y al amor por la humanidad.

En su famosa *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, Sor Juana defiende el derecho a la libertad de estudiar y comprender, un principio característico de la revolución que fue la proliferación del conocimiento. Antonieta, por su parte, con su perspicacia pionera, reclama la participación de la mujer mexicana en el ámbito político, un movimiento que sigue en curso. “Y revolución,” nos explica Antonieta, “en el más puro sentido de la palabra, es el despertar de las mujeres mexicanas en 1929, tomando parte activa en la política de su país.”³

Por encima de lo que nos dicen a nosotros, ¿qué podemos imaginar que representan una con la otra? Podemos imaginar, naturalmente, el impacto de la monja jerónima sobre la conciencia efervescente de Antonieta; incluso sabemos que antes de morir ella deseaba escribir un estudio acerca de Sor Juana, a quien tanto admiraba.⁴ Pero podemos también pensar en lo que representaría para Sor Juana el futuro de la mujer dentro de la sociedad, un futuro realizado siglos después por mujeres como Antonieta.

¿Y qué pueden decirse mutuamente dos mujeres separadas por dos siglos y medio pero habitantes de la misma ciudad y país? Claro, que tienen en común (como muchas otras mujeres) un país y una sociedad en los que se limitan los papeles que pueden ellas jugar. Pero no es suficiente escribir acerca de ellas como si fuesen víctimas de las normas limitativas de su época. Tal vez lo que ilustran al verse la una a la otra por nuestro lente contemporáneo es que a México le falta aún mucho por transformar. En ese caso, nos toca a nosotros preguntarnos si seguimos en el mismo país y en la misma sociedad. Preguntar cuál es el cambio,

¹ Del romance “¿Cuándo, Númenes divinos...”.

² Del romance “Esos versos, lector mío...”.

³ Del texto inédito “Ideales de las mujeres”.

⁴ Como escribió Andrés Henestrosa en su breve *María Antonieta Rivas Mercado*.

cuáles son las diferencias en la sociedad en la que vivimos hoy, y oír lo que nos pueden decir a nosotros que vivimos en un lejano futuro, transformado quizás mucho en lo material pero menos en lo moral.

Para realizar tal cambio debemos reconocer que la labor comienza por uno mismo, y que el impulso creativo llevado a cabo con fe en nuestra naturaleza es lo que nos puede revelar lo que somos, así permitiendo que con conciencia sepamos hacia dónde llevar nuestras vidas (y nuestra sociedad). Hacia el final de su corta vida, a Antonieta le fue claro lo que debía hacer para realizarse: “Una es mi obligación, uno mi deber. Escribir.”

Es entonces más nítido el motivo que nos comunican como digno de emplear para nuestra propia creatividad. Invitan a tomarse momentos para permitir que el espíritu nos levante, dejar a un lado la búsqueda de encomios o halagos y permitir que las creaciones salgan por sí solas de nuestros seres, pintando los paisajes de nuestra personalidad, tantas veces hecha a un lado (y hasta perdida). Confiar en que no hay razón por la cual arrepentirse de una sinceridad, aun cuando

se tacha como locura; sólo así se puede existir, inhabilitando el afán de borrar, de morir. Que no nos importen los errores, ya que la confianza en el fruto de nuestros esfuerzos es íntegra cuando nos sometemos a nuestra verdad más profunda. Que la cautela forme parte de nuestro proceso únicamente para cuidar que no abandonemos nuestra esencia reemplazándola con imágenes carentes de autenticidad. Nunca debe olvidarse que es nuestra voz la que impera y que es nuestra responsabilidad buscar en el fondo de nuestro ser para poder dar significado a la vida. Para aquellos de nosotros que nos preguntamos en momentos de crisis si la vida tiene sentido, Antonieta y Sor Juana responden con un mensaje claro de que ese sentido depende de que volquemos nuestros contenidos en la profundidad de esta vida para conocer el valor que ellos y nosotros tenemos. Sus almas alzan las nuestras, recordándonos con nobleza de qué manera proseguir. Imaginémos, como lo hizo Antonieta, sabiendo que somos “[e]l individuo consciente de valores eternos, insurgentes contra las leyes pasajeras de los hombres, dándose por entero al sacrificio que no es sino transmutación.”⁵



⁵ Correspondencia de Antonieta Rivas Mercado.